

ManolobyManolo : TODO LO QUE QUISO SABER SOBRE LA ENFERMERA DE BRUNETE

A algunos críticos les ha sorprendido la detallada descripción que hago del castillo de Requesens, de sus castellanos, de sus invitados y de la pandilla de adolescentes que juegan a La Prueba de Valor en el estanque de la Fontana, y me han preguntado si soy aristócrata. Siento desilusionarlos: soy plebeyo. El arranque de mi novela me lo inspiraron los hermanos Geste, que juegan a batallas navales en el estanque de Brandon Abbas, Inglaterra, en la novela "Beau Geste", del escritor inglés P.C. Wren. Sergio Vila-Sanjuán, sagaz periodista de La Vanguardia, lo adivinó enseguida. Una escena que a mí me atrapó a la primera. Considero importantísimo el arranque de una novela.

También, como muchos lectores habrán sospechado, me eduqué en los jesuitas. El padre Ignacio Ortiz de Zabala de mi novela está inspirado directamente en el padre Ignacio Mur S.J., mi profesor de física, de grata memoria, el mismo que bautizó a mi hija Lorena, muchos años después de haber abandonado yo las aulas del colegio.

La trama de "La enfermera de Brunete" es ... pura fantasía. Imaginación. Por aquel entonces yo tenía seis años. Y, a tan tierna edad, uno no puede lanzarse al asalto de parapetos enemigos ni dejarse seducir por duquesas de bandera. El único pasaje verídico de mi novela es la fuga de Barcelona de Margarita Cabestany (mi madre, en realidad) a bordo del carbonero "Baden", con tres niños pequeños, uno de ellos un bebé de quince días. También es cierto que el mismo capitán le cedió caballerosamente su propio camarote para evitarle tener que dormir en un jergón de paja tendido en el suelo de las bodegas infestadas de ratas. Desde aquí le envió un mensaje de agradecimiento a su particular Walhalla germánico. El incidente del juego de las banderas intercambiado entre el "Baden" y el "Deutschland" también es rigurosamente histórico. Si no llega a ser por la intervención de ese providencial acorazado alemán, no lo contamos, y "La enfermera de Brunete" nunca se habría escrito.

Es cierto que me he inspirado en personas reales para construir mis personajes de ficción, como les ocurre a la mayoría de novelistas. Equivalen al motor de arranque de los coches. Por ejemplo, el notario Palol de Revardit me lo inspiró el notario Federico Trías de Bes, excelente persona, padre de un amigo y condiscípulo en nuestra vieja Alma Mater. En cambio, el Paparro y la Carmeta son auténticos. El primero enseñó a cazar a mi padre. La figura del Segador me la inspiró "el Campesino". No voy a decir quién me inspiró el atildado caballero Higinio Masferrer porque algún descendiente suyo podría molestarse (Josep Plá dedicó un libro a su padre). Laura... bueno, Laura. A Laura la dejaremos correr. La figura del duque de Montcada me la inspiró mi tío abuelo Pepe Vidal-Ribas. Y digo figura porque este señor, aunque tenía una facha imponente, no era militar. Mi madre también tenía trenzas rubias que se cruzaba en la cabeza, como Cecilia de Montcada. Su hijo, Javier, el protagonista de mi novela, me lo inspiró, muy vagamente, mi tío Alfonso, alférez de Regulares, caído en la batalla del Jarama a sus veintiún años recién cumplidos, a diferencia de Javier, al que le perdono la vida (de lo contrario no habría novela). Mis tías Margarita Maristany y Concha y Lola Marqués, que ejercieron de enfermeras en hospitales de campaña (sin que se les cayeran los anillos) también me contaron bastantes historias de la guerra y me confirmaron que la transfusión de sangre era una práctica corriente en aquellos años. Se hacía a la buena de Dios, porque entonces todavía no se habían descubierto los diferentes tipos sanguíneos. La de Soledad le sienta estupendamente bien a Javier.

En mi novela mezclo personajes reales, semirreales y ficticios. A algunos les he cambiado el nombre. A Blanca Álvarez de Toledo, amiga de la infancia, le he pedido permiso para poner su retumbante gentilicio a mi heroína. Me lo concedió en el acto. A su marido lo hago salir con nombres y apellidos. Lo mismo que a mi primo Juan Manuel Desvalls y a Ignacio de Fontcuberta. Igual que la enfermera rubia, María José Ortega, que lleva de la mano a un pobre oficial ciego en la Plaza Mayor de Salamanca.

¿Que mi novela es partidista? En cierto modo. Es inevitable. Como dijo Ortega y Gasset, creo recordar, "el hombre es él y su circunstancia". Uno no vive en el vacío. Mi circunstancia familiar es la que refleja mi novela, la única que conozco a fondo. No lo he podido evitar, aunque me esfuerzo en ser objetivo y no recargar las tintas. Leed el libro y ya me diréis. No soporto a los periodistas que me entrevistan sin haber leído la novela ni saber de qué va el tema. O que me preguntan si escribo con ordenador. Si me pillan en un mal día, les contesto que con una licuadora Moulinex.

"La enfermera de Brunete" es una novela, no un tratado de historia. La empecé a escribir en los años setenta del siglo pasado. Con ella sólo pretendo contar una historia que tiene lugar en aquellos años convulsos. Tampoco pretendo transmitir ningún mensaje ni influir en mis lectores. Que cada uno haga sus propias reflexiones.

.....

Después de mucho cavilar, he llegado a la conclusión de que la idea de escribir "La enfermera de Brunete" me la sugirió la lectura de "Los cipreses creen en Dios", de Gironella, porque su protagonista me pareció tan ambiguo, sacristanesco y paniaguado, que me juré a mí mismo que un día escribiría una novela con un protagonista joven, apuesto y valiente, y con una heroína de carne y hueso y con las tetas bien puestas. Nada de medias tintas. Hay que tener en cuenta que Gironella fue un seminarista rebotado, y esa pudibunda reserva suya, quieras o no, tiene que reflejarse en su novela. Nunca he creído en los antihéroes. A los lectores les cuesta identificarse con ellos. El amor, feliz o desgraciado, es un tema eterno que nunca falla, por encima de modos y modas. Sobre todo si está potenciado por el telón de fondo de una guerra implacable que empuja a los personajes a tomar decisiones terribles en situaciones límite.

Considero que participar en una guerra es una experiencia enriquecedora (en todos los sentidos) que permite a un autor escribir con absoluto conocimiento de causa. Tolstoi nunca hubiera escrito "Guerra y Paz" de no haber participado en la guerra turco-rusa de 1840. A veces he lamentado no haber nacido a tiempo para participar en la nuestra. Para describir los hechos de armas que narro en mi novela, me he tenido que limitar a recrearlos con la imaginación y evocar el humo y el estrépito de las ametralladoras en las maniobras con fuego real en el campamento de Los Castillejos.

Aunque la idea de escribir una novela sobre la guerra civil hacía años que me rondaba por la cabeza, siempre aplazaba el momento de ponerme manos a la obra con la excusa de la falta de soledad, de silencio, de aislamiento, de despreocuparme de la brega diaria de ganarme la vida. Pensé que la llegaría a escribir si, durante un año o así, pudiera recluirme en un faro solitario, sin más sonidos a mi alrededor que el rumor de las olas batiendo el pie de los acantilados y los gritos de las gaviotas resonando en el aire. Excusas que me daba para engañarme a mí mismo. Paradójicamente, la escribí en mi casa, en la mesa del comedor, rodeado por el barullo que

armaban mis hijos, robando horas al sueño, aporreando una vieja Hispano Olivetti, con un buen surtido de tipexs al alcance de la mano. Del silencio y la soledad de un faro, nada de nada. Prosaica y ruidosa realidad doméstica.

Aunque, a fuer de sincero, he de confesar que, cuando me puse manos a la obra, no estaba muy seguro de lo que quería contar. Tenía una vaga idea. La verdad es que estaba más desconcertado que un pulpo en un garaje. Tenía que contar algo y no sabía exactamente qué. Ni cómo empezar. "Los Cipreses..." de Gironella, como he dicho antes, fueron el detonante. El pistoletazo de salida. Una vez superado el pánico a la hoja en blanco, empecé a emborronar cuartillas. Poco a poco, el tema fue cobrando forma en mi cabeza. Hasta que un día venturoso lo vi todo claro. Desde el principio al fin. No obstante, la primera redacción de "La enfermera..." fue un auténtico parto de los montes. Parir más de cien personajes, meterme en su piel (¡de mujeres!), imaginarme la trama, sorprender al lector, mantener el adecuado grado de suspense, describir escenas de amor sin pasarme (no creo en el erotismo gratuito) y escenas de guerra con el suficiente verismo, no perder el hilo conductor, no rozar el melodrama, prever el desenlace, no incurrir en errores de bulto, cronológicos, confundir nombres ni personajes, y mil aspectos más, me supuso un trabajo ímprobo, agotador. Las terceras y siguientes redacciones fueron mucho más placenteras. Las situaciones fluían con naturalidad. Los personajes iban cogiendo viva propia. Incluso tomaban decisiones por su cuenta. Y tenía que matarlos. A sabiendas que mis lectores me tacharían de asesino. Mi mujer, la primera. No me importó. Me confirmó en la idea de que estaba creando personajes de carne y hueso. Ya he perdido la cuenta de los miles de horas que pasé sentado delante de la máquina de escribir, sin más compañía que una música lejana sonando en la penumbra de mi gabinete de trabajo. Noches enteras en blanco. Pero, una vez pillada la onda, me ponía como una moto y me daban las cuatro sin enterarme, y mi mujer venía a preguntarme si me había dado algo. Sin embargo, la redacción de "La enfermera de Brunete", en conjunto, no ha sido precisamente un camino de rosas. Más bien de rosas y de espinas. Más de una vez me atascaba. Me ocurría lo mismo que cuando empecé a practicar judo (un deporte fascinante, dicho sea de paso). Viendo que no adelantaba ni poco ni mucho, confesé mi desánimo al maestro Birbaum (novenio dan) que me contestaba con laconismo oriental: "Ve al tatami y continúa entrenando". Aunque era europeo, se le había puesto cara de japonés. Como la del coronel Saito, del Puente del río Kwai. De modo que volví a aporrear mi vieja Hispano Olivetti. A veces, la solución me asaltaba a media noche, como un relámpago de luz que ilumina las tinieblas. Entonces me levantaba, la apuntaba en una libreta y me volvía a dormir más tranquilo.

Y con esto no quiero decir que la inspiración me vino del cielo. La inspiración es producto de interminables días y noches de reflexión y haber escrito miles y miles de páginas (y roto otras tantas) y leído miles y miles de libros. Buenos y malos. Lo afirma Stephen King, el rey del terror. Confieso que soy un lector compulsivo y tenaz. A veces, la inspiración me venía en los lugares más insospechados. Paseando con mi perro por la Carretera de las Aguas. La escena de Javier y Soledad cenando tête-à-tête en el Hotel María Cristina me vino en una boda en el Hotel Ritz, haciendo ver que prestaba atención a la paliza que me estaba pegando mi vecina de mesa, que debió de pensar que yo era tonto de remate. Odio las bodas, el corte de la tarta, el reparto de muñequitos y el numerito de las servilletas.

Reconozco paladinamente que me he tomado algunas licencias, alterando fechas, nombres propios y lugares. Por ejemplo: nunca hubo una manifestación revolucionaria en la Plaza de

San Jaime la noche del 20 de julio del 36. Creo que fue frente a la comisaría de policía de Via Laietana. Empleo el término parapléjico, cuando este trauma cerebral no se llamaba así. Exagero deliberadamente la dureza de la fuga de Cecilia y sus hijos Javier y Gonzalito a través de los Pirineos por el Pas dels Lladres. Es una caminata que no mata a nadie. Más bien la sitúo en el Coll de Finistrelles, mucho más alto y escabroso. Aunque no creo que muchos lectores se tomen la molestia de ir a comprobarlo personalmente. El río fronterizo al que van a parar los fugitivos tampoco es el Segre, sino el Vanera, un modesto afluente suyo. Pero Bell Prat existe. También retraso la fecha de la batalla de Brunete para hacer coincidir la recuperación de Javier con su aventura con Soledad al calor de un fuego de encina chisporroteando en la chimenea de El Robledal.

La primera redacción de "La enfermera de Brunete" la envié al Premio Planeta de 1977, con otro título: "El Foso". Aunque fue finalista, no llegó a ser publicada. ¡A Dios gracias! Era malísima. Infumable. A partir de entonces la fui reescribiendo a medida que los diversos editores a los que la presentaba me la tumbaban con diversas excusas: que si era de derechas, que si sus personajes eran lineales, que empleaban un lenguaje pomposo. En el fondo, les estoy muy agradecido porque me han permitido pulirla, corregirla y afinarla. Se aprende de los errores. A escribir se aprende escribiendo.

En cuanto a mi forma de escribir, he seguido el consejo que Bertrand Russell da a los escritores noveles: un lenguaje claro, llano y sencillo, como el que emplearía un hijo para escribir una carta a su madre. Desconfío de los estilos artificiosos, enfáticos y alambicados. He huido como de la peste de un exceso de erudición, de grandilocuencia, de pedantería intelectual, hoy tan de moda. Tampoco he convertido mi relato en un "artefacto lúdico". ¡Dios me libre! Ni he tratado de ensayar "literatura creativa", "literatura experimental", suprimiendo puntos y comas a mansalva, dejando el texto convertido en un mazacote indigesto. La literatura es buena o mala, sin adjetivos. Me he esforzado en ir al grano, prescindiendo de un detallismo superfluo, que sólo consigue distraer al lector, si no es que lo irrita. Si hubiera seguido el estilo de los novelistas rusos, mi novela habría podido perfectamente tener tres mil páginas en lugar de mil.

Hablando de estilo, he desarrollado el mío propio después de haber abandonado la tentación de imitar el de tal o cual autor famoso. El fondo es importante, pero el estilo no lo es menos. Del estilo depende que el lector quede enganchado. Pero que me cuelguen si sé cómo lo he conseguido con mi forma de escribir. ¿Ciencia infusa? No lo sé.

Aunque la acción de mi novela transcurre en una guerra feroz, me he permitido intercalar pinceladas de humor, para dar un respiro al lector en medio de tanta tragedia. Humor es lo que les falta precisamente a los novelistas rusos. Sus personajes nunca se ríen, no gastan chistes; su severidad, su sentido trágico de la existencia resultan aplastantes. Me abruman. La ironía brilla por su ausencia. Si me encantan los autores ingleses, incluso los más serios (el antes citado Bertrand Russell, por ejemplo) es precisamente porque, de vez en cuando, dejan caer unas finas gotas de humor que despiertan una velada sonrisa en el lector y hacen la lectura del mamotreto más llevadera.

En cierto modo, escribí "La enfermera de Brunete" pensando, inconscientemente, en su posible película, empleando la técnica cinematográfica de cortar un plano para hacer progresar la

acción. Otro truco que he utilizado con frecuencia es el flash back, un recurso literario que desconocían los escritores decimonónicos.

Antes he dicho que empecé a escribir la novela con una máquina de escribir manual. Luego me pasé a la eléctrica y finalmente al ordenador personal, que no sé por qué diablos se llama así. A mí no me ha ordenado nada. A veces, incluso, he tenido la tentación de asesinarlo. Aunque reconozco que tiene muchas ventajas y facilita mucho la escritura. Pero de la misma manera que no tengo teléfono móvil, tampoco me he conectado a la red, la panacea contemporánea que lo resuelve todo. Ni distingo un chat de un blog o de un e-mail. Me suenan a chino. Si uno no ha alimentado previamente su personal disco duro, dedicando miles de horas a la lectura, es muy difícil que sepa qué buscar. Digamos que es un problema de carencia de cultura general. Cultura no debe confundirse con información.

Toda la información de mi novela la he sacado de libros, incluso de una vetusta edición de la enciclopedia Espasa que heredé de una tía mía que jamás la había consultado. También he pasado largas horas leyendo libracos polvorientos bajo la noble arquería gótica de la Biblioteca de Cataluña de la calle Hospital. Una experiencia maravillosa, sublime. Un buen libro, aparte de que se puede tocar, despide su propio perfume. Internet huele a rayos.

La descripción de los diversos escenarios de mi novela tampoco me ha costado nada. Me he limitado a recordarlos. Mi familia y yo pasamos la guerra en San Sebastián. Muchos años después, finalizada la contienda, viajé a la Bella Easo y casi se me saltaron las lágrimas cuando me asomé a La Concha y aspiré su inconfundible sabor a algas y marea baja. Pero eché de menos el "bocarta, bocarta" de las pescaderas donostiarras resonando en las calles del barrio antiguo y los melancólicos compases de Chaparrita en el Xauen, al final de la avenida. Se los había llevado el vendaval de la historia. Menos mal que los tamarindos de Alderdi Eder continuaban en su sitio y que el Urumea seguía fluyendo hacia el Cantábrico, indiferente y distante, musitando sus consejas bajo los puentes de María Cristina y Santa Catalina.

Las demás ciudades y escenarios de batallas tampoco me han costado. Lo cual se lo debo a mi afición al ferrocarril, en primer lugar, y a los puentes medievales del Duero, en segundo. A finales de los años sesenta y principio de los setenta, los trenes de vapor, los trenes por antonomasia, iniciaron un declive imparable. De modo que, cámara en ristre, me eché al monte dispuesto a cazar los últimos ejemplares que aún corrían por las vías españolas. No sólo me divertí, sino que me gané la vida publicando varios libros sobre el tema. Modestia aparte, he sido el escritor-fotógrafo pionero en este campo en España. Mi primer libro de temática ferroviaria, "Adiós viejas locomotoras", tiene en la actualidad valor de incunable.

En otro orden de ideas, no creo que vuelva a escribir una novela semejante. Tengo para mí que un autor sólo puede escribir una novela en su vida, una gran novela, su opus magna. Otra novela sería una mera repetición de "La enfermera...", de baja intensidad. Tal vez lo intente. Miento: la estoy escribiendo, para entretenerme. A la espera de que traduzcan al inglés "La enfermera..." y la lleven a la pantalla. Me lo ha asegurado Carmen Balcells, la agente literaria que se ha hecho cargo de mis asuntos librescos.

Finalmente, the last but not least. Y perdonad la redundancia.

La dedicatoria de mi novela "A un viejo amor que murió sin darme tiempo a pedirle perdón" ha desatado muchos comentarios y especulaciones en mi círculo familiar y social. Adelanto a los curiosos que ese viejo amor pertenece a la esfera de mi vida privada, a mi pasado. No confesaré su nombre ni bajo amenaza de tortura. La vi por última vez en el verano de 1962, en una fiesta homenaje que nos dieron a los componentes de "Operación Impala" en una quinta en la Costa Brava, en una terraza asomada al mar. Bailé con ella. A los compases de "Only you". A la luz de las estrellas. Aquel mismo otoño se casó. Pasaron los años. Muchos. Demasiados. En 2005, recién terminada la redacción definitiva de mi novela, decidí dedicársela, de acuerdo con mi costumbre de dedicar todos mis libros. A modo de expiación. Era la persona que más se lo merecía. Pero cuando traté de ponerme en contacto con ella para darle la buena noticia, un amigo común me informó de que había muerto dos años antes. Me quedé literalmente de piedra. No diré que se me saltaran las lágrimas, pero faltó muy poco. Espero que la pueda leer en el cielo. Y que me perdone.